

ISLAS FIYI

DE CABEZA AL PACIFICO SUR

Buenas tardes desde la sala de ordenadores de la Universidad del Pacífico Sur, en Suva, capital de Islas Fiyi. Estoy en una pequeña isla en medio del mayor océano del planeta, a tres horas de vuelo al noreste de Nueva Zelanda, y a más de 25.000 km de España con 12 horas de diferencia horaria. Nunca me había sentido tan lejos.

Desde mi última crónica escrita en Nueva Zelanda, he disfrutado de una mini-aventura en un atolón casi perdido de Melanesia. Una experiencia inolvidable de casi tres semanas en Fulaga (pronunciado Vulanga). He sido el primer hombre blanco que en siete años ha pisado esta paradisíaca y pequeña isla de 15 km de longitud y 319 habitantes, a tres días de navegación al Sureste de Viti Levu, la isla más importante de este pequeño archipiélago-nación.

Tomas entre tus manos un globo terráqueo, buscas tu país, y luego miras la espalda de este objeto redondo buscando un puntito marrón en medio de una masa infinita azul, apartado de toda tierra conocida... Es difícil expresar lo que se siente en este momento. Todas esas cuerdecitas que te atan a tierra están ya rotas. Asumes totalmente que puedes hacer lo que quieras cuando desees. Lejos de todo y de todos. Cielo y océano. Gente amable que habla un idioma que no relacionas con nada. Sol y temperatura agradable. Agua templada y transparente. Música que hace cosquillas en los oídos. Brisa que acaricia tu piel, agradecida.

En Viti Levu se aglomera, en busca de mejores condiciones de vida, el 75% de la población fiyiana. Fiyi es un país salpicado en 322 islas, de las que sólo un tercio están habitadas. La población es de sólo 775.000 almas, un 50% nativa fiyiana y 45% fiyiana de origen indio. El inglés es el idioma oficial en los colegios y universidades de Viti y Vanua Levu, pero en la calle escuchas a los nativos melanesios hablar fiyiano, y a los de origen indio hablar el idioma del país que dejaron atrás. En las islas pequeñas solo se comunican en fiyiano, y el inglés es un idioma poco habitual. La "lengua de Viti" autóctona de estas islas esta muy mezclada con los dialectos de las vecinas Islas Tonga, pero difiere esencialmente de otros dialectos melanesios porque muchas palabras comienzan por "m" y "n".

Los fiyianos son gente feliz y tranquila, discuten poco y no aparentan sufrir las preocupaciones y estrés del mundo "civilizado". Hay poca riqueza material, a pesar de que las islas gozan de importantes entradas de divisas gracias al creciente turismo. La renta per cápita es comparable a la de algunos países latinoamericanos poco desarrollados. Al final del capítulo os daré mas detalles sobre historia, sociedad y economía en este lejano y desconocido país.

Dicen que en algunos años muchas de estas islas desaparecerán, tragadas por la subida de los océanos. No quiero ni pensarlo. Duele y me causa escalofríos.

Pero ahora voy a entrar a fondo en la atípica y muy exótica aventura que he vivido en estas últimas cinco semanas:

Hace más de un mes llegué a este espectacular archipiélago con la intención de repetir la experiencia del Tak Away en Australia, navegando gratis a cambio de trabajo en algún velero de recreo durante su travesía por el Océano Pacífico. Puse una nota en el tablón de anuncios del Suva Yatch Club, el club de yates más importante de la isla, ofreciendo fregar, cocinar, levar anclas, arbolar y arriar velas, o lo que se terciase.

Durante una semana estuve preguntando sin éxito al encargado del albergue si había llamado algún patrón. Empecé a desanimarme y me invadía la impaciencia. No estaba acostumbrado a lo que muchos

por aquí ven como algo natural: espera con tranquilidad y el destino responderá como deseas. Pero la islas me esperaban. Arena y agua. Palmeras. Gente totalmente diferente. Hospitalidad. El Pacífico Sur.

Apretaba el sol en otra tarde más, ociosa. Impaciente y cansado de esperar caminé hasta el puerto de carga de Suva. Un lugar pequeño, sucio y gastado, con poca actividad. Me senté cerca de un par de estibadores de tez oscura, manos gruesas y grasientas, que haraganeaban cerca de vetustos y oxidados buques de carga. Tras una rudimentaria charla preliminar, comencé a preguntarles con insistencia y paciencia sobre barcos que zarpaban dirección Sureste, hacia Lau, el rincón más remoto del archipiélago. Durante los días de espera, algún lugareño me había contado que los turistas no llegaban tan lejos, asegurándome que disfrutaría de islas paradisíacas, playas espectaculares y la compañía de los amables nativos. Pero se mostraban reticentes a desvelar "su secreto". Me levanté de la piedra mojada y me despedí de los estibadores. Cien metros más allá, un marinero harapiento y afable me informó a cambio de un dólar americano que, una vez cada dos o tres semanas, zarpaba un barco del Gobierno cuya función era descargar provisiones básicas y alimentos en algunas de las más de cien islas del archipiélago Lau. Me relató que el barco fondea en varias islas transportando nativos y descargando sal, arroz, cemento y otras provisiones. Retorna a Viti Levu tras un largo periplo que dura entre uno y dos meses, cargado de "copra" o pulpa de coco, nativos, tabloncillos recién cortados y artesanía tallada en madera.

En ese instante, el telón que oscurecía mi ánimo se descolgó y desparramó por el suelo, y creí ver la luz después de varios días de penumbra.

Sabía que algunas islas de Lau se mantienen habitadas gracias a las subvenciones del Gobierno y contribuciones de los isleños "expatriados" en las dos islas principales, que acumulan casi el 90% de la población. Sin embargo, otras islas son autosuficientes y se enorgullecen de ello. Viven de la pesca, frutas silvestres, agua de coco, algo de carne de cabra y cerdo, y las verduras y tubérculos que obtienen de pequeñas plantaciones y huertos.

FULAGA, UN PEQUEÑO PARAISO (LA PARTIDA)

Este marinero espabilado y con ganas de comprar un paquete de cigarrillos había iluminado mi futuro inmediato. Narra con su inglés macarrónico que, para un viajero extranjero, la mejor manera de acceder al archipiélago Lau Sur, de acceso prohibido al turismo, es a través de un salvoconducto que concede el Gobierno de Fiyi a determinadas personas. Me contó que las islas Lau estuvieron abiertas al turismo hasta finales de los ochenta. Pero fueron cerradas cuando se descubrió una enorme plantación de marihuana en un islote no habitado, valorada en más de 10 millones de dólares. Según el gobierno local, esto era obra de un grupo de "degenerados hippies occidentales".

Estuve un par de días dando la tabarra (en esto soy un consumado experto) durante en los pasillos del *Fijian Affairs Department*, equivalente a nuestro ministerio del interior. Me sometieron a varias entrevistas, y obtuve una útil carta de recomendación del Sr. Tuisabeto, "secretario permanente" de la *Fijian Affairs and Regional Development Office*. Este tesoro de papel me quemaba en las manos. Valía más de un millón de dólares. La carta o salvoconducto iba dirigida al capitán Dakau, y me permitía viajar gratis en el Golea, carguero público asignado al mencionado periplo mensual por las islas Lau. El carguero zarparía en una semana y tras tres días de navegación me descargaría en Fulaga. Obtuve una segunda carta de Tuisabeto, manuscrita y lacrada, redactada como presentación al jefe local de Fulaga. El segundo tesoro de papel y tinta. En las entrevistas expuse que el motivo de viaje era mi intención de escribir una historia o reportaje sobre la vida, costumbres y artesanía de los nativos de las islas más remotas de Fiyi. *Alrededor del mundo con una mochila* está escrito, entre otras razones, para hacer honor a la promesa hecha al Sr. Tuisabeto.

¿Por qué Fulaga y no otra isla? Porque en este pequeño pedazo de tierra, coral y rocas que sobresale unos metros por encima del océano se mantienen intactas las tradiciones y modo de vida de Melanesia. Porque durante una mañana de espera y ocio, buceando los libros de la biblioteca pública de Suva, leí sobre morfología, geografía, historia y costumbres de las más pequeñas y remotas islas de Fiyi. Porque alguien me dijo que el último occidental estuvo allí siete años antes. Porque Fulaga, este atolón coralífero, aparece en los mapas con la forma de un 3 acostado, cuyos brazos rodean dos lagunas repletas de

arenosos y verdes islotes. Porque prometía ser una inmensa experiencia, por su autenticidad, pequeñez y aislamiento. Porque me hacía ilusión y me ponía nervioso.

La semana previa a la partida en Suva la pasé esperanzado, incluso ansioso. Estuve varios días de parranda con un grupo de bohemios y divertidos camarógrafos chilenos que surcaban el Pacífico a bordo del Húsar, un precioso “schooner” o goleta de dos mástiles. Iban a la caza y captura de imágenes para emitir la serie de TV *Operacion Bora Bora*. También conocí a una familia vasca que llevaba catorce años circumnavegando el mundo. Son un matrimonio y sus dos hijos, que han surcado decenas de miles de millas náuticas por todos los océanos. Santiago, su esposa y sus dos hijos, Urko y Zigor, son originarios de Hondarribia, muy cerca de la frontera con Francia. Hace tiempo que dejaron de lado sus rutinas y obligaciones mundanas, y en el jardín de su casa construyeron un catamarán de cincuenta pies de eslora. Desde entonces no han parado de surcar nuevas aguas y conocer los lugares más remotos. Estos sí que son auténticos viajeros y ciudadanos del mundo. Hablando con ellos aprendí mucho del significado de la palabra libertad. Además, la mamá hace la mejor tortilla de patatas de todo el Pacífico. Repetía algo parecido a lo que dijo el escritor catalán Noel Clarasó: “viajar sólo sirve para amar más nuestro rincón natal”.

Llevaba esperando casi diez días y deseaba fervientemente abordar la nueva odisea. Llegó el momento de zarpar. Subido al viejo buque miraba los gruesos cabos rezando para que un marinero los desatara, y nuestro trasto metálico despegase su costado del muelle. Pero ocurrió lo que tanto temía. Cuando desde el puente de mando gritaba *soltad amarras*, un mecánico descubrió un problema: la compuerta frontal de descarga no encajaba en el cierre. La partida se retrasó otras 24 horas. ¡Que magnífica prueba para mi paciencia! Una noche más me quedé a dormir en el Húsar con los chilenos. Al día siguiente a las doce y media de la mañana el Golea zarpó con mucha ceremonia, con migo en cubierta y el corazón retumbando en el pecho. Sería un largo viaje. Pronto dejamos atrás el descuidado y feo puerto de Suva. Desde puse mi pies sobre el casco de este carguero de más de veinticinco años, jubilado por los daneses, los compañeros de viaje me cambiaron el nombre, y pasé a llamarme Manu.

Cuando la irregular silueta de Viti Levu dejó de ser un trazo gris en el horizonte y se hundió en el océano, me alejé de la popa, que escupía una gruesa estela blanca, y comencé a pasear por el ajado Golea. Me di cuenta de que la mayoría de los sesenta y cinco pasajeros de barco eran mujeres que habían viajado a Suva para dar a luz en el único hospital que les ofrecía garantías, y retornaban a casa con sus minúsculos, chillones y arrugados vástagos arrullados en cálidos paños y mantas. Yo era el único occidental en el barco. Los próximos días tendríamos que dormir en cubierta, sentados o tumbados sobre placas metálicas y compartiendo muy poco espacio, ya que dos tercios del barco no eran accesible al estar destinados a la carga. Incluso con la brisa marina, el aire de cubierta estaba viciado por un fuerte olor a vómito. Gracias a mi peculiaridad como europeo y a la amistad que trabé con el segundo de abordaje, conseguí dormir en su litera mientras él estaba de turno. La chata nariz del buque, cargado hasta los topes, rompía las olas a unos exasperantes tres nudos por hora. El viaje, que duró tres días, lo pasé leyendo en cubierta o dormitando. Ninguna tormenta y sólo un mareo leve. Durante la singladura fondeamos cerca de algunas preciosas islas. Desde ellas embarcaban y desembarcaban nativos, y en algunos casos, la plataforma frontal bajaba y parte de la mercancía y materias primas era expulsada hacia el exterior.

Pero mi destino final se acercaba. Se aproximaba la hora de hundir mis pies en la arena de una ignota playa de Fulaga. La ansiedad me devoraba en la madrugada de aquél sábado. Durante el viaje había temido llegar en domingo porque la religión cristiano-metodista que impera entre los nativos fiyianos desaconseja TODO tipo de actividad no religiosa durante este día de riguroso descanso, incluso recibir invitados. Cuatro horas después de divisar un punto gris en el horizonte azul y calmo, el Golea enfiló su morro con dificultad y cuidado para entrar en una de las dos lagunas de Fulaga, maniobrando a través de una estrecha apertura abierta en el atolón coralífero. Anclamos a unos doscientos metros de la playa blanca y tranquila. De la playa se desgajaron inmediatamente canoas y viejos botes de madera con motor que fueron a nuestro encuentro. Llevaban esperando el barco bastantes días. En la isla no hay teléfono; la llegada del Golea es incierta y siempre un acontecimiento. Sólo ocurre una vez cada uno o dos meses. El resto del tiempo este trozo de tierra casi perdido está desconectado del mundo.

Parecida a otras islas de Melanesia, Fulaga son los restos en fase de hundimiento de un poderoso volcán que hace millones de años desgarró violentamente el océano para vomitar las rojas y ardientes entrañas de la Tierra. Hace milenios el agua osó penetrar en interior del cráter seco, dando lugar las dos maravillosas lagunas de las que emergen extraños y retorcidos monolitos rocosos. Quedan pocos vestigios de la prehistórica magnificencia del gran volcán. Fulaga hoy es sólo una estrecha lengua de rocas y arena,

con una corona de coral que rodea la isla y observa como las inertes ruinas del antiguo volcán se sumergen lenta e irremisiblemente en las profundidades del océano.

FULAGA, LA LLEGADA

Noticia inesperada: un hombre blanco se acerca a la playa en un bote. Lleva un extraño artilugio marrón lleno de cuerdas, bolsillos y broches, llamado *mochila*, colgado en la espalda.

Cuando hundo por primera vez mis pies descalzos en la fina arena de la playa noto decenas de miradas clavadas en mí. Espero. No se si moverme o no. Los nativos se acercan con un gesto a medias entre curiosidad y bienvenida. En su idioma intuyo que me preguntan: ¿adónde vas? ¿de donde eres? ¿qué te trae a Fulaga?. Los más pequeños se agolpan ruidosamente alrededor. Nunca han visto a un blanco. ¡¡Bula, Bula !! (hola, hola). Extrañados, inspeccionan el vello de mis brazos. A mi espalda, el "Golea" levanta anclas y se gira pesadamente enfilando el morro hacia alta mar, retirándose por donde vino. En ese momento se me revolieron las entrañas, no se si por el miedo o por una desconocida sensación de incertidumbre. ¿Cuanto tiempo me quedaría en esta desconocida isla en medio del Pacífico? ¿Como me tratarían? Había leído algunas historias escritas por exploradores europeos que visitaron las islas Fiyi a principios del siglo XIX. En varios flashes recordé las descripciones de las costumbres caníbales de sus antiguos habitantes. Clarke escribió: “la única posibilidad de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco mas allá de ellos, hacia lo imposible”.

Recordé extractos del episodio de un viejo libro de historia que ojeé en la biblioteca de Suva. Cuenta la odisea en estas islas del buque inglés La Favorita, comandado por el Capitán Campbell.

Lo transcribo en versión íntegra porque es emocionante y aterrador:

“A principios de octubre de 1809 La Favorita ancló en la bahía de Sandal Wood (madera de sándalo). La tripulación encontró en la isla una viva agitación, ya que el cacique local Boullandam preparaba una flota de ciento cincuenta piraguas y estaba a punto de atacar la isla Tafere. Los guerreros de Boullandam remaron hacia el grupo de barcos comandados por la Favorita en formación de media luna. Sin muchos problemas abordaron e hicieron prisioneros a los europeos de Campbell. Para salvar su vida, Campbell y sus hombres se vieron obligados a cooperar con Boullandam en su campaña bélica. El 12 de Octubre, el cacique puso rumbo a Tafere. Apenas había llegado a la vista de la aldea principal, se presentó una flotilla que componía la vanguardia taferia.

La trifulca se inició con una lluvia de flechas. Poco después comenzó el abordaje de las piraguas y se hizo uso de las lanzas y las macanas (lanzas cortas con forma de hacha provistas en el extremo de una gruesa y pesada roca pulida). La refriega fue obstinada y sangrienta. En poco tiempo los taferios se vieron desbordados, se precipitaron al agua y regresaron nadando a la costa. Boullandam intentó cortar la retirada, pero sólo pudo recuperar piraguas vacías. En una de ellas un aterrorizado muchacho taferio se había quedado escondido, en lugar de emprender la fuga. La guerra no daba cuartel a nadie y, a la vista de los europeos el muchacho fué ejecutado con un golpe de macana. Su cadáver fue abandonado a un sirviente, que recibió la orden de asarlo inmediatamente para la mesa del caudillo.

Esta barbarie era sólo el preludio de las atrocidades más inauditas que vendrían después. La aldea de Tafere había quedado desierta, y todos los hombres se habían fugado. Los niños, mujeres y ancianos no estaban lejos. Permanecían ocultos en las cercanías. Las huestes de Boullandam resolvieron buscarlos y pasarlos a cuchillo. Las piraguas de las huestes de Boullandam llegaron a la playa. El incendio de la primera cabaña indicó el principio de la destrucción. La colonia de indefensos se había retirado a un corral cubierto por hojas de palmera, y creyéndose bien ocultos, o esperando alguna gracia de los vencedores, no procedieron a la fuga. El cuidado de los hijos retenía a las madres y la edad encadenaba los movimientos de los ancianos. Esperaban con fe la partida de los invasores para entrar de nuevo en el regazo del hogar.

De repente escucharon en torno a su escondite algo parecido al rugido de un tigre alrededor de su presa. Siguió un espantoso clamor. Las presas habían comprendido el destino que les esperaba. Por todas partes entraron los verdugos, y las macanas vibraron con furor contra los niños, mujeres y ancianos, que no

hicieron nada más que gritar y lamentarse sin defenderse. La cerca quedó convertida en un sangriento matadero y los cadáveres se amontonaban uno sobre otro, formando una pirámide de cuerpos inánimes empapados en sangre. Finalizada la matanza arrastraron hasta la playa aquel botín de carne, y a pesar de los gritos de aquellos que aún conservaban un rastro de vida, y de sus estertores y convulsiones, los cuerpos fueron llevados hasta los arrecifes y hacinados en una gran piragua. Aquella escena ocurría antes los atónitos ojos de los hombres de Campbell. El transporte era la premonición de una fiesta para los caníbales: tenían centenares de cuerpos para devorar. Hasta 42 personas escogidas y extendidas contaron sólo en la piragua de Boullandam. El cadáver de una hermosa joven fue apartada por el cacique para su cocina particular.

Esa noche, durante la escandalosa fiesta, los cuerpos sin vida fueron descuartizados, y los miembros separados colgaban de los árboles de la playa prestos a ser asados. En cuanto fueron cocidos lo suficiente se distribuyeron a cada uno de los vencedores. A Campbell le ofrecieron un pedazo de muslo carnosos. Se negó decididamente a aceptar tan jugoso manjar. Los nativos aceptaron la negativa, pero el abominable festín duró toda la noche. Los restos fueron asados a medias y dispuestos en canastillos para conservarlos”.

Después de ser liberado por Boullandam, Campbell escribe:

“Estos salvajes despliegan en el cumplimiento de sus proyectos una tenacidad de tal naturaleza que sólo es comparable a la precisión de sus disposiciones militares. Sus movimientos son preparados con una inteligencia y ejecutados con una calma y energía que no podrían menos de sorprender a los mismos europeos. A una gran robustez corporal unen un profundo desprecio por la muerte y el más completo olvido de las penas y fatigas. Su jefe, Boullandam, se había hecho temible y aspiraba a la soberanía de todas aquellas islas.”

Pero volvamos a lo que me ocurría durante la llegada a Fulaga. Una troupe de enanos saltarines y gritones peleaban para cogerme la mano y el brazo. Dócilmente me dejé llevar y me guiaron hasta Muanaicake, la aldea más importante de la exigua isla. Buscaban la casa de mi anfitrión Lagi Lagi (pron. Langui Langui). En veinte escasos minutos atravesé el ancho de la isla, caminando entre palmeras y una exuberante vegetación tropical. No hay carreteras porque en Fulaga no hay vehículos, ni siquiera bicicletas. No son necesarios. La mayoría de los nativos no calzan zapatos. La mejor suela es la planta de los pies, lo que tiene más mérito en una isla asentada en *limestone* o lava volcánica cortante y peligrosa, y rodeada por un afilado y traicionero arrecife de coral.

LAGI LAGI Y JOANA

Me presenté a mi anfitrión con la mochila a la espalda, el brazo extendido, una carta en la mano y una sonrisa de oreja a oreja. Eso sí, un poco acojonado. Los jefes ya habían sido avisados por una avanzadilla de niños exaltados y contentos sobre la llegada de un hombre de extraña piel. Lagi, de 68 años es de noble aspecto y tiene la piel tostada de los melanesios. Es alto, fuerte y corpulento como un toro, e iba descalzo y ataviado con una vieja camisa de botones abierta y un pareo como pantalón. Quedó sorprendido ante el inesperado gorrón, pero reaccionó con cordialidad. Inmediatamente me presentó a su esposa Joana (65 años), una mujer encorvada, menuda y extremadamente afable, que cocinaba panecillos para desayunar. La pareja vivía en la única casa de madera de Muanaikake. Me invitaron al apetitoso desayuno, a base de panecillos fritos y té, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, en una choza de paja adyacente a la casa que hacía las veces de cocina. Lagi y Joana se dijeron algo y se pusieron en faena: con celeridad habilitaron una habitación vacía como dormitorio extra. La básica casa de madera pintada de rosa estaba aún a medio construir y los escasos y simples muebles de madera recién cortada estaban desperdigados en cualquier rincón. Lagi y su clan eran los improvisados arquitectos y constructores. La falta de mobiliario no importaba porque los fijianos se sientan en el suelo para charlar, comer, beber y rezar. Ofrecí a Lagi una botella de Jack Daniela, cuya compra antes de zarpar había supuesto un esfuerzo para mi maltrecha economía de guerra. Los funcionarios de Suva me aconsejaron que este whisky americano sería el mejor regalo que podía entregarle. Al entregarle el preciado tesoro, con los brazos extendidos y las palmas abiertas en posición de rechazo, Lagi me dijo *delante de su esposa* que había dejado la bebida. Sin embargo, durante un descuido de Joana, con mirada pícaro y sonrisa de complicidad, me quitó la botella. Esa misma tarde me construyó una cama haciendo uso de unos tablones, una sierra y su asombrosa habilidad como carpintero.

Lagi y Joana llegaron a Fulaga hace sólo seis meses. Durante los últimos 30 años habían vivido en Tahití sirviendo en casa de un millonario francés. El ricachón había muerto hace un año, legando por herencia un millón de dólares a esta humilde pareja. Son dueños del único aparato de televisión y vídeo de la isla. La tele en sí sirve para poco porque las ondas no llegan y tampoco pueden conectarse vía satélite. Lo compensan viendo una y otra vez las mismas cuatro películas y partidos de *rugby seven*. Hace un mes Lagi trajo de Suva una lanchita con un motor de 40 caballos. Este anciano y vital matrimonio tiene la virtud de manejar el dinero con tal discreción que nada diría que atesoran semejante fortuna.

Un par de horas después mi asustado aterrizaje en la isla se produjo la presentación oficial ante el *chief* o jefe de la isla. Afortunadamente, Tuisabeto me recomendó que además del whisky, trajera en la mochila kilo y medio de raíces de *Kava* como *sevu sevu* o regalo. La popular bebida Kava viene de las raíces machacadas de la planta Kava, autóctona del Pacífico. Durante una ritual ceremonia de bienvenida, sentados en el suelo de la choza reservada solo para audiencias y visitas importantes, el invitado es presentado por el anfitrión (hoy es Lagi) al *chief*, al que se le entrega un presente. El digno mandatario se sentó ceremoniosamente frente a mi, acompañado de su portavoz oficial a la derecha y su responsable de asuntos diarios a la izquierda. El arranque del ritual fue un monólogo de casi diez minutos de Lagi al *chief*, con palabras que sonaban algo así como *nasumanu mataka ono vui fotalevu manutagui kandokai*" etc. Mientras Lagi hablaba, la máxima autoridad de la isla, de poblado y canoso bigote, con el torso descubierto, un pareo sobre una barriga tostada y rechoncha, repetía con la cabeza baja, mirando a sus pies descalzos: *vinaka, vinaka* (gracias). Yo mantuve en todo momento una sonrisa estúpida, sentado a la derecha de Lagi con los pies cruzados sobre una alfombra de hojas secas de palmera. No entendía nada. Me hallaba en otro planeta y me preguntaba quién demonios me había mandado a un lugar como éste. Terminado el discurso de Lagi y entregadas las raíces, comenzó el monólogo-respuesta del *chief*, que alternaba su mirada entre el recién llegado y la ansiada bolsita de kava. Yo asentía con una sonrisa forzada, simulando entender. Los niños pugnaban por asomar su cabeza al interior de la choza. La voz de mi llegada había corrido por toda la aldea y había creado la misma expectación que provoca un extraterrestre que aterriza en las afueras del pueblo.

Caía el sol mientras y la presentación llegaba a su tramo final. Me tocó explicar en inglés las razones que me habían llevado a Fulaga. Todos asentían con la cabeza, aunque dudo que muchos me entendieran. Inmediatamente comenzó la última fase de la ceremonia de bienvenida: ¡*Grog time!* (¡a beber Grog!). Beber Grog es la base de las relaciones sociales en Fiyi. Las raíces de Kava que había entregado al jefe como presente habían sido transformadas en polvo por mujeres que, alternándose con una larga y pesada maza metálica, golpeaban rítmicamente el interior de un cuenco metálico del tamaño de un florero. Parte de la raíz machacada se introdujo en una bolsita de tela en una dosis de aproximadamente cien gramos. La bolsa de té gigante se sumergió en el agua de una *tanoa* o ensaladera de madera de gran tamaño. El resultado es una especie de "té" frío en el que el agua adquiere un sabor y color parecido al fango o barro. El *Grog* se distribuye introduciendo en la *tanoa* una corteza de coco seca y vacía, que se pasa de mano en mano, siempre usando las dos manos. Entre los congregados nunca habrá más de un tazón de *Grog* en circulación. El orden está determinado por la posición jerárquica, con prioridad para los invitados. Adiviné los niveles de autoridad de los presentes por su ubicación alrededor de la Tanoa, aún rebosante de Grog. Sentados en el suelo enfrente de la ensaladera se sientan los más viejos o la familia del *chief*. Mientras más próximo estás al cuenco de madera, mayor status. El tazón de piel de coco pasa primero por las manos y labios de los más importantes. La persona que mezcla el agua con el polvo de las raíces y distribuye el cuenco también goza de un status privilegiado. Me recordaba a la ceremonia del té en Japón, aunque algo más basta. Los jóvenes se sientan alejados, detrás del recipiente o en las esquinas de la choza. Las mujeres quedan excluidas. Los propios fiyianos reconocen que el *Grog* tiene un sabor terrible. Pero pronto sentí como subía a mi cabeza, provocando una sensación de hiperventilación, mareo, inmenso bienestar, flojera y risa fácil. Curiosamente beber alcohol estaba prohibido en Fulaga. Dicha prohibición era una más de las respetadas reglas impuestas por el jefe local, y por lo visto, Lagi no las cumplía todas. En muchas islas del Pacífico Sur cualquier ocasión es una buena excusa para reunirse en grupos de hasta 50 personas y beber esta sustancia que provoca bienestar. Beben *Grog* desde que anochece, a las siete de la tarde, hasta altas horas de la madrugada, sentados en la penumbra y a la luz de tenues lámparas de gasolina. La resaca que produce el Grog no es poca.

Esa misma noche, para celebrar mi llegada, fui castigado con *disfrutar* de una sesión de vídeo de *Rugby Seven* de varias horas. La selección nacional fiyiana ha sido campeona del mundo de esta modalidad de mini rugby entre dos equipos de solo siete componentes (en vez de quince), que se juega en un campo de rugby estándar. Los jugadores se hinchan de correr. Aguanté por educación veinte partidos seguidos, de

quince minutos cada uno. La pequeña multitud que me acompañaba había visto todos los partidos al menos una docena de veces, pero no importaba.

El día siguiente era Domingo, una jornada sagrada para estos fieles y devotos metodistas. El metodismo es la religión más importante del país. Derivada del cristianismo, hace hincapié en los formalismos para comunicarse con Dios. En este día sagrado hay que acudir a cuatro misas, a las 5:50 am, a las 10 am, a las 3 pm y a las 4:30 pm; atentos al paralelismo con las horas de oración en el Islam o el Judaísmo. Las misas duran mucho más de 30 minutos, y es de buen ver asistir a todas las liturgias. Aparte del corto paseo hasta la sencilla parroquia de cemento, durante este día está mal visto hacer ningún esfuerzo o trabajo; atentos al paralelismo con el shabat hebreo. Pero Joana hizo una excepción y me homenajeó con un almuerzo de lujo en el que, inusualmente, todos los miembros del clan se sentaron en mesa y sillas, con cubiertos y sin moscas. ¿Comiendo qué?: PESCADO. No puedo imaginar cuanto pescado pasó por mi aparato digestivo durante las tres semanas en Fulaga. Pescado para desayunar, para almorzar, para cenar. En mis sueños mi propio hermano se transformaba en un pescado que me perseguía para devorarme. Menos mal que en esta isla no se merienda.

PICNIC BEACH, EL PARAISO

El lunes (¿o era martes? ¿o miércoles? No importa; había perdido la noción del tiempo) aproveché para explorar las zonas de la isla accesibles a pie o a nado. Recuerdo que, todavía asombrado, paseaba solo por una de las espectaculares playas de este pequeño mundo. De repente, en un acto reflejo, di un violento brinco, apoyándome sobre mi pierna derecha. En la acuosa arena blanca algo escamoso había rozado mi talón. Vi fugazmente un ser vivo que se escurría a pocos centímetros de mis pies descalzos. Me di cuenta de que había estado a pocos centímetros de pisar una extraña y brillante serpiente negra de unos cuarenta centímetros con franjas amarillas anaranjadas. El bicho huía hacia las olas retorciéndose perezosamente. Más tarde, ya en el poblado, me contaron que nadie sobrevive más de tres minutos a una mordedura de este reptil, cuya especie no deseo recordar.

Los días transcurrían sin sobresaltos. Paseaba por el poblado. Intentaba comunicarme con los que hablaban algo de inglés, y con el resto por señas. Iba a la playa. Leía, hacía gimnasia y comía (pescado). Observaba. Y por la noche, Grog, canticos y bienestar. Alguna noche, detrás de los troncos, oía silbidos que trataban de atraer mi atención. En Muanaicake hay niño mestizo de seis años, con el cabello muy rubio. Esto es atípico. El último occidental que estuvo allí antes que yo fue un alemán, hace siete años. Por razones que contaré mas adelante, no entraba en mis planes entrar en una noche ardiente con una isleña.

Al cabo de varios días, Lagi rompió su rutina de carpintero de su nueva casa y decidió agasajarme con un paseo en su pequeño bote, del cuya popa colgaba un motorcillo chirriante de cinco caballos. Fuimos a varias playas de la isla, inaccesibles por tierra. En este paseo que nunca olvidaré conocí PICNIC BEACH.

Esta playa merece una mención especial. Tras viajar por más de 80 países, Chile y Noruega siguen siendo mis países favoritos, y Tíbet la región (¿o país?) más impresionante. Sidney, París, San Francisco, Brujas y Amsterdam mis ciudades. Pero Picnic Beach es el lugar que más me ha acercado al paraíso, si existe. Picnic es una remota playita que pertenece al "mataqali" (pron. matangali) o clan familiar de Lagi. Sólo su clan tiene acceso a este apartado edén, y a otras zonas de la isla. En Fulaga los territorios se transmiten por herencia.

Deseo mantener fresco este recuerdo. Pensar en Picnic Beach me sume en un estado de letargo y nostalgia, con dosis de bienestar y arrobamiento. Permíteme derramar en papel esta memoria usando el presente:

Nada más bajarme de la lancha y pisar la arena mojada por el agua cálida de una playa de póster y sueño, me arrodillo para hundir la cara en este polvo blanco, desparramándolo por encima de mi cabeza. Me siento con las piernas cruzadas, ensimismado y maravillado ante diminutas olas en irregular vaivén, jugando y abalanzándose sobre la anterior, que retrocede silenciosa sin molestar. El agua se va opacando con la profundidad, y adquiere cinco o seis tonalidades que cambian, se mezclan, desaparecen y vuelven a emerger, desde un blanco/transparente/verdoso cerca de la débil rompiente que lame la orilla, pasando por

diferentes verdes/celestes a una decena de metros, hasta llegar a un azul marino intenso y limpio en la zona más profunda. Contengo algún grito de alegría. Soy ahora consciente de que estamos solos en Picnic Beach. No hay hoteles ni tumbonas, ni chiringuitos o vendedores de helados. Ni un alma. El cielo, la brisa, las palmeras, los cocos caídos, los troncos rotos y retorcidos en la arena templada, algunos cangrejos precavidos, los colores, la paz. No me quiero ir.

La marea sube. Poco a poco las olitas de juguete se comen la franja de blancas partículas de roca disgregada. La finísima arena se oscurece cuando se humedece y es engullida por un pacífico chapoteo que viene y va. Un chapoteo sólo interrumpido por el suave zumbido del viento que peina las palmeras. Detrás, una frondosa, misteriosa e impenetrable maleza. En su avance, las aguas cristalinas acarician las raíces de las palmas más atrevidas, que se inclinan para beber del océano.

Han pasado varias horas y aún sigo haraganeando, sin querer irme de esta playa. La marea vuelve a bajar casi imperceptiblemente, y la arena emerge de nuevo para saludar un cielo limpio y azul. A mis costados se pierden en la lejanía desordenadas filas de palmeras de troncos finos y esbeltos, cargadas de succulentos cocos amarillos, con sus largas palmas mecidas por los alisios que atraviesan el Pacífico hacia el este. La luz es tan intensa que el fotómetro de mi básica cámara de fotos no me permite eternizar el momento. Mientras tanto, Lagi sigue tranquilo en su bote, atareado con un voluminoso aparejo de pesca. No cesa de desenganchar del anzuelo y tirar al fondo de la barca grandes y coloridos peces que se retuercen en silencio. Lo único que deseo en este momento es la compañía de alguien querido para compartir este privilegio que dudo merecer. Dice Steinbeck *hay ocasiones que uno atesora para toda la vida, y esas ocasiones están grabadas a fuego, clara y nítidamente, sobre el material del recuerdo total.*

Cuando uno se aproxima en barco, lo primero que vemos es que los alrededores de Picnic Beach están salpicados por docenas de pequeñas *mushroom islands* o rocas con forma de hongo, coronadas por una vegetación exuberante que crece, no se cómo, sobre una cúpula de lima y roca volcánica. Estos pináculos que desordenadamente emergen entre ocho y diez metros por encima de las aguas azules y turquesas, como estáticos y oscuros icebergs alargados, han sufrido en su tronco, durante miles de años, el desgaste de la erosión y los golpes de agua, adquiriendo una peculiar forma de champiñón de cuello largo. Los viejos de la isla cuentan que hace muchos años, un dios con forma de gallo, que huía, fue a esconderse a Fulaga. El dios, antes de ser descubierto por las invencibles fuerzas del mal y quedar petrificado, barrió hacia atrás con su poderosas patas enormes rocas de lava, que tras rasgar el cielo de Fulaga, quedaron desperdigadas por la laguna.

Cuando la marea está baja se divisa desde la playa, a unos doscientos metros de la costa, una larga y estrecha barrera de coral que circunvala la isla como un anillo irregular, y protege a este alejado y privilegiado atolón de la violencia del Pacífico Sur.

Una leyenda milenaria local cuenta:

“Hace muchos años los moradores de Pau vieron con terror en sus playas un lagarto colosal que se zambullía en el mar. Habiendo devorado sucesivamente a algunos nativos que se bañaban, alarmó a todos los habitantes de la isla. Reuniéronse inmediatamente para dar caza al monstruo, pero todas las flechas que le disparaban rebotaban contra su concha: no parecía sino que aquel lagarto estaba armado con corazas. Los naturales pensaron que alguna maligna divinidad les había enviado esta criatura para destruirles, y se resignaron a sufrir sus ataques. Tiempo después levantose un viejo guerrero, diestro e intrépido, que acometió por sí sólo la ardua empresa de librar al país de aquel azote. Al efecto hizo preparar una gruesa sogá, ató un cabo a un árbol e hizo sostener el otro por quince nativos prontos a obrar. En cuanto el terrible reptil asomó su cabeza, el animoso guerrero le salió valerosamente al encuentro, y arrojó su lazo escurridizo con tanta destreza que se enroscó en la cabeza y patas del animal. Entonces los individuos que agarraban fuertemente el cabo de la sogá tiraron con todas sus fuerzas, y el monstruo quedó preso y contenido a pesar de sus prodigiosos esfuerzos. Al momento todos se precipitaron sobre él en número considerable, descargándole terribles golpes de macana hasta acabar con su resistencia, y según la costumbre, se asaron y comieron los más sabrosos pedazos del vencido”.

En varias ocasiones Lagi me llevó a otras playas espectaculares. Pero ya nada era comparable a *Picnic Beach*. Una mañana salimos de excursión de pesca durante tres días, con todo su *mataqali*, incluyendo tías, primos y sobrinos. Acampamos en una playa, debajo de una gran lona enganchada a las rocas, y vivimos sobre alfombras de palma trenzadas a mano por Joana y su hermana. Siempre nos rodeaban playas desiertas de arena blanca y palmeras. Por las noches, bajo la luna llena, comíamos pescado recién

sacado del mar y tostado a fuego lento en una fogata edificada con la madera seca que recogíamos a pocos pasos, en la arena. Durante el día, Lagi echaba un ratito al agua su pequeña red de pesca. A los pocos minutos hacían falta muchas manos para sacarla, por el peso de la captura. Mientras tanto Lubu, su sobrino, trepaba como un mono a las mejores palmeras, machete en boca. Una vez en la copa avisaba con un grito y tras rápidos machetazos, provocaba una lluvia de cocos que caían en la arena con un ruido sordo. Todas las tardes a la misma hora el cielo adquiría un color aluminio gris mojado, caía una corta e intensa tormenta tropical, las palmeras lloraban, y aprovechábamos para llenar los cuencos con agua potable. En un lugar como este ¿quién piensa en el futuro? ¿o en el dinero? ¿quién necesita un reloj?
La gente no hace viajes, son los viajes los que hacen a la gente.

UN PASADO TURBULENTO

Fulaga es autosuficiente, y el único contacto con el mundo ahí afuera es la visita del *Golea* de turno, que ancla frente a la playa cada mes o dos meses. Las tres aldeas de la isla, Muanaicake, Muanairá y Neimandamu aprovechan estas visitas para aprovisionarse de sal, té, raíces de Kava, medicinas, chapa corrugada, gas oil etc. Los nativos utilizan para pescar largas canoas talladas en un tronco, estabilizadas por un trozo de madera alargado unido a la canoa por dos recias ramas. Están propulsadas por una larga pértiga que maneja una persona de pie en la popa, como un gondolero veneciano. Una ojeada al interior del sencillísimo almacén de Muanaicake deprime. El dinero casi no se utiliza. Los artículos importados que trae el carguero se pagan con *tanoas* fabricadas localmente. La artesanía en madera es la única actividad que mantiene frente al exterior la débil economía de Fulaga. Los nativos tallan las tanoas y las entregan al almacén local a cambio de una anotación en cuenta por un valor aproximado a un euro. Estas mismas piezas talladas se venden en las dos islas principales a veinte o treinta veces más. Algún intermediario sin escrúpulos se está haciendo de oro. He intentado transmitirles esta evidencia. Les duele. No saben que hacer y no les cabe en la cabeza que alguien pueda aprovecharse de ellos. Están acostumbrados a que les cuiden desde fuera. Creo que quedarían desilusionados si comprobaran que otros están manipulando su esfuerzo y dedicación. Sospechan algo, pero el jefe de la isla no parece querer que las cosas cambien. Cuando regresé a Suva manifesté esta situación al gobernador que defiende los intereses de Fulaga y el archipiélago Lau Sur. Me escuchó muy interesado y espero que tome alguna medida.

A lo peor, estoy interfiriendo con el modo de vida de los isleños. En Fulaga el dinero significa muy poco. Solo en Tíbet, Mongolia y partes de la India he visto grupos humanos tan desinteresados y alejados de la sociedad de consumo. Sirva como ejemplo que durante toda mi estancia en Fiyi y Fulaga sólo gasté unos cien euros, la mayor parte para comprar regalos antes de zarpar rumbo a Fulaga, incluyendo las raíces de grog (quince euros el kilo) y la botella de Jack Daniels (30 euros). Además, a mi regreso compré a Lagi y Joana una docena de películas de video que les entregaría el *Golea* en su próximo viaje.

El *mataqali* de Lagi es un clan supersticioso, como los demás. Joana me reveló que en un lugar cercano encontraría un cementerio, escondido entre rocas y maleza, al que se accedía trepando con pies y manos por una colina. Allí yacían esparcidos y sin enterrar los huesos de antiguos enemigos de su clan y su tribu. Cuentan las leyendas que, hasta principios de 1900, los enemigos muertos en batalla no merecían ser enterrados. Los vencedores preferían aprovechar su carne y comerla durante el festín para celebrar la victoria. Encorvándose, Joana me contó en voz baja y una mano en la boca que el cementerio es un lugar tabú, de cuyos malos espíritus se mantienen alejados. Mis súplicas no fueron suficientes para que alguien se atreviera a mostrármelo.

A muchos les incomodan hablar de las leyendas y antecedentes caníbales de sus antepasados. La temática es políticamente incorrecta. Al principio me resultó difícil extraerles información, y no insistí al notar que se les contraía el normalmente agradable gesto.

Sin embargo, me gustaría contarte una interesante historia de heroísmo, guerra y canibalismo que he leí en la biblioteca de Suva. Narra las peripecias del oficial Dillon en el navío inglés Hunter, hace un par de siglos:

“Robson era el capitán, muy experimentado en viajes por las Islas Viti y con influencia en la comarca por su interés en el comercio de madera de sándalo. En febrero de 1813 el Hunter (su corbeta) fondeó en la bahía de Wailea, ante un riachuelo que conduce a la aldea situada a una media legua de la costa sobre una explanada abierta en la selva. Nada más llegar, Robson recibió la visita en piragua de su amigo el jefe nativo Bonassar. El cacique le comentó que esta vez la tripulación no podría cortar la preciada madera mientras no le ayudase a combatir a sus enemigos. En aquella época las armas de fuego europeas eran muy superiores a las lanzas y flechas melanesias. Robson optó por cederle tres embarcaciones con veinte fusileros, que se unieron a un ejército de cuatro o cinco mil isleños. Pronto la isla de Nanpakab fue conquistada sin problemas por las tropas de Bonassar.”

“Pero varios meses después el cargamento de madera aún era un tercio de lo convenido. El cacique no estaba cumpliendo con lo pactado. Robson estaba furioso porque se sentía manipulado. En diciembre decidió invadir la isla.”

“Sus hombres desembarcaron en la playa sin encontrar obstáculos. Pero cometieron una gran equivocación: se adentraron en la jungla en pequeños grupos de cuatro o cinco en vez de una escudarse en una única y compacta formación. Rápidamente fueron diezmados y asesinados por los nativos emboscados en la maleza. Una hora después sólo quedaba intacto el destacamento de Dillon, compuesto de ocho marineros armados, dos jefes nativos de la isla Bao y sus guerreros. Los enemigos se habían pintado los rostros con la sangre de los europeos muertos. Bloqueados por todas partes, Dillon y sus hombres habían perdido toda esperanza de retirada, y sólo pensaban en vender caras sus vidas. En su desesperada situación, Dillon avistó en medio de la llanura una roca aislada y casi inaccesible, que le pareció una fortaleza levantada a propósito para la salvación de sus hombres. Era una muralla natural cuya cima no podían alcanzar las flechas. A estas alturas quedaban vivos sólo Dillon, los europeos Savage, Bushart y Wilson y un chino apellidado Luis. Los demás habían sido pasados a cuchillo. Afortunadamente la roca era sólo accesible por un lado, fácil de defender y su elevación era bastante considerable para retar a los proyectiles de los isleños. De esta suerte continuó la defensa de aquellos cinco hombres. Cuando un nativo se presentaba en el estrecho sendero que daba acceso a la cumbre de la roca, un fusilazo le hacía morder el polvo a mitad de camino. Más de veinte nativos cayeron abatidos a balazos. Este ejemplo intimidó a los demás. En su tensa espera desde las alturas, Dillon veía por un lado su navío silencioso e impotente para prestarle auxilio. Por el otro lado veía los restos de sus compañeros descuartizados, asados y medio devorados. El oficial y sus camaradas de resistencia sudaban angustiados por la suerte que les aguardaba. Varias horas después, tras una larga pausa sin movimientos, varios jefes isleños se acercaron hasta el pie de la roca para entablar una negociación. Savage y el chino Luis, que creyendo en la buena fe de los salvajes se aventuraron a bajar de la roca y mezclarse. Dillon, Bushart y Wilson desconfiaron y se quedaron arriba. Después de repetidas e inútiles solicitudes para convencer a Dillon, los nativos prorrumpieron en un agudo clamor y se abalanzaron sobre Savage, sumiéndole la cabeza en un foso lleno de agua y asfixiándolo, mientras el cráneo de Luis saltaba con un golpe de macana.”

“Explica Dillon con detalle: “los cadáveres de Savage y Luis fueron extendidos sobre la yerba y descuartizados ante nuestros ojos por uno de sus sacerdotes. Le cortaron separadamente los pies, las piernas, los muslos, las caderas, las manos, los antebrazos, los brazos y la espalda, separando igualmente del tronco la cabeza y el pescuezo. Cada uno de los fragmentos del cuerpo formaba un pedazo de carne que envolvieron con todo esmero en hojas verdes de banano, y los metieron en el horno para hacerlo tostar con raíz de taro.”

“Sólo quedábamos tres encima de la roca. Los isleños, a sabiendas de que quedaban pocas municiones, contraatacaron con renovado furor. Bushart, hábil tirador, abatió veintisiete nativos de veintiocho fusilazos. Dillon abatió otro buen número de nativos. Wilson se dedicaba a cargar las armas. La vía de acceso a la “fortaleza” estaba atestada de cadáveres. Cansados de aquella guerra sin resultados, los hombres de Viti renunciaron a continuar la ofensiva, y aguardaron a que el tiempo, la oscuridad o el hambre hiciesen caer en sus manos las últimas víctimas. Abajo prepararon un banquete a base de carne europea, y algunos jefes se dirigían hacia Dillon y sus camaradas con pedazos de carne sangrienta para instarles a que bajasen.”

“Iba bajando el sol y la situación de los sitiados era crítica. Quedaban diecisiete cartuchos, y el primer asalto nocturno debía dar la victoria a los feroces adversarios. Como ninguno de los tres quería caer vivo en manos de los antropófagos, decidieron que al caer la noche debían matarse uno a otro.”

“Inesperadamente, el sacerdote/brujo de la tribu se acercó a la roca para intentar otra negociación. Subió hasta la plataforma y en ese momento Dillon concibió la idea de tomarlo como rehén. El sacerdote reaccionó con desconcierto ante la rudeza de Bushart, que le había metido el cañón del fusil en la boca. Los nativos aglomerados abajo mostraron su espanto. Dillon y los suyos bajaron con precaución y atravesaron lentamente un pasillo de indígenas, mientras les gritaba en su idioma que la muerte de su sacerdote acarrearía la cólera de los dioses sentados en las nubes, que irritados por su desobediencia encresparían el mar para tragarse la isla con sus moradores. Los nativos mostraron el más profundo respeto a las exhortaciones de prudencia del aterrorizado sacerdote. Bushart y Wilson tenían las bocas de sus fusiles clavadas a las sienes del brujo. Los tres alcanzaron la embarcación en la playa y se dirigieron hacia el navío. A mitad de camino tiraron por la borda al rehén y remararon con todas sus fuerzas hasta alcanzar el navío mientras el sol se acostaba en el horizonte.”

FIYI, UN REMANSO DE PAZ

A pesar de estas escalofriantes narraciones, los habitantes de Fulaga hoy conviven y trabajan en armonía. Hay pocos conflictos, peleas o desacuerdos. Cada uno sabe cual será su tarea al día siguiente porque la noche anterior el portavoz y asistente del jefe se pasea entre las chozas como un vocero real, transmitiendo en voz alta las obligaciones y compromisos para la comunidad de cada miembro. Cuando esto ocurre, los nativos suelen estar reunidos alrededor de una tanoa rebosante de narcotizante grog. Por supuesto, en los momentos iniciales.

Durante mi estancia en la isla me permitieron participar en algunas actividades colectivas, como acompañarles en la travesía a una playa desierta para adentrarse en la jungla, en busca de árboles con buena madera para construir un par de casetas con techos de chapa corrugada y proporcionar algo de intimidad a los escasos y precarios inodoros comunitarios. También probé a tallar *tanoas* con un cincel y un martillo, sentado con mi pareo sobre una alfombra vegetal. Visto mi rendimiento, esa misma tarde me animaron a continuar con otra actividad. Excepto la pesca, las tareas de esfuerzo físico son realizadas por varones. No importa la edad; todos trabajan desde adolescentes. En el día a día no hay diferencias sociales, aunque en los eventos y reuniones es perceptible la escala jerárquica: manda el *chief* o jefe de la isla, y debajo su familia, sus asistentes, el “post-man” o receptor de correo, y el ministro o guía espiritual, normalmente un sacerdote metodista. El jefe transmite su cargo por herencia a su hijo primogénito. Como en las culturas orientales, los jóvenes suelen respetar mucho a los mayores. Detecté escasa ambición. Pero muchos jóvenes están emigrando a las islas grandes Viti y Vanua Levu. Hace una década Fulaga estaba poblada por quinientos habitantes, hoy sólo quedan algo más de trescientos. Casi todos trabajan. Por ejemplo, Seula, tío político de Lagi, con sus ochentaytantos años pasa una buena parte de la jornada cavando surcos en la tierra poco fértil de su plantación de tapioca. El jefe local también cultiva su huerto. En Fulaga la cosecha es muy escasa por el origen volcánico y morfología del terreno.

En la parroquia, una vez al mes hay colecta dominical para soportar los gastos comunitarios. La cantidad de dinero que se recauda es ridícula. Pero como dije, el dinero no es importante. Por encima de las obligaciones comunitarias cada uno tiene una obligación mayor: la de procurar el bienestar de su *mataqali* o clan familiar. Nunca he visto tanta solidaridad entre los miembros de un grupo. Si un individuo de cualquiera de los cinco *mataqalis* de Muanaicake tiene una necesidad imperiosa, los demás miembros del clan se vuelcan al unísono para taparla. Yo era el invitado *vago* del *mataqali* de Lagi.

El tiempo tiene poca importancia. Por primera vez en muchos años guardé el reloj durante varias semanas. Para mantener una mínima noción del tiempo, una de las funciones asignadas a Lubu era golpear con palos dos troncos huecos para anunciar el mediodía y las seis de la tarde.

Fulaga pertenece a sus trescientos y poco habitantes, y para acceder cualquier parte de la isla, por remota que sea, es necesario pedir permiso al *mataqali* propietario de esa parcela, o al jefe del poblado más cercano. Por ejemplo, para visitar la mitológica cueva donde el dios-gallo se escondió antes de quedar petrificado, tuve que regalar un kilo de grog al jefe de Neimandamu, al que interrumpí mientras cultivaba *kassavas* en su huerto. Nunca obtuve un *No* por respuesta. Siempre sonrisas, armonía casi absoluta, tranquilidad, generosidad, conciliación con la naturaleza: ella provee y nadie abusa.

Varias veces al mes las mujeres de Fulaga salen muy temprano en barcazas o canoas para pescar con redes. Tras pasar fuera varios días, regresan con enormes capturas de mariscos y exóticos peces. Las mujeres que se quedan en casa tejen pacientemente enormes alfombras con hojas secas de palmera y cocinan para los varones del *mataqali*. Es una sociedad en la que predomina el hombre, como en el mundo musulmán, latino o en Japón. Ellas solo beben grog en privado, y esperan para empezar a comer a que los hombres hayan terminado el postre. Joana dormía en el duro suelo de madera, al lado de la ancha y mullida cama de Lagi.

En Fiyi -o Islas Viti hace un siglo- los jefes tribales podían mantener un harén de diez hasta cien mujeres según su fortuna. Por ejemplo, Orivo, jefe de Imbao, poseía para sí solo cien mujeres. La autoridad de los reyes era absoluta, con la condición de que obedeciera los dictados religiosos impuestos por los sacerdotes. El sacerdote tenía tres mujeres, y poseía considerables riquezas, representadas por dientes de ballena. Los plebeyos solo podían tener una mujer. Las mozas se casaban cuando alcanzaban la pubertad, pero los hombres no cohabitaban con su mujer hasta que ellas no alcanzaran los veinte años. Ellos estaban convencidos de que si violaban esta regla, morirían al momento. Solo los hombres con barba podían gozar a las mujeres.

Los dos sexos nunca comían juntos. La pesca, la cocina, la preparación de los alimentos, la fabricación de las telas, eran cosas concernientes a las mujeres, mientras los hombres hacían la guerra, cultivaban el campo y construían las chozas y piraguas. A la edad de quince años circuncidaban a los niños con el auxilio de una cocha delgada y afilada, atajando la hemorragia con una fina tela. Los nativos de Viti se suicidaban cuando se veían insultados por sus caudillos.

No considero físicamente atractivas a las mujeres fiyianas. A pesar de su llamativa piel tostada, sus cuerpos son muy orondos. La obesidad femenina está socialmente aceptada y bien considerada. La nariz es chata, la cara redonda y el pelo fregona tipo afro. Se acicalan poco y eructar es costumbre. A pesar de la novedad de un *piel blanca* en la isla, a pesar de que alguna madre vino a presentarme a su hija, a pesar de alguien me pidió llevar algo por la noche a un lugar apartado y en el que escuché silbidos en la oscuridad, no llegué a tener contacto físico con ellas. Además, la aldea es pequeña y los rumores corren como la pólvora. Del poder del rumor en sitios espacios reducidos y aislados me puso en guardia una triste anécdota: el día de mi partida, el predicador de Fulaga, su esposa e hijos subieron al barco conmigo, expulsados de la isla. Le habían acusado de violar a una nativa casada. Cometer este error en un lugar tan hermético es cavar tu tumba. Los dos sacerdotes metodistas anteriores también fueron expulsados de la isla por abusos sexuales a menores o intimar con esposas de otros. Estoy seguro que hace algunas décadas el castigo hubiera sido mucho más duro.

Además de la generosa naturaleza y el saber vivir de su gente, Fulaga goza de un tercer regalo divino, la música. No hay radio, CDs o mp3. Existe una pasión especial por la música coral metodista o *choir songs*. Sólo voces, *a capella*, sin instrumentación. Durante las largas noches estrelladas, los jóvenes ensayan nuevas canciones alrededor de una tanoa repleta de grog. Sólo durante los ensayos pueden las mujeres beber el preciado líquido. El coro de voces está liderado por el privilegiado oído y compás de Netani, otro sobrino de Lagi. Delante de una vieja pizarra garabateada con notas musicales, Netani, sentado en una esterilla, cierra los ojos y anuncia con un voz suave el comienzo de una nueva pieza: "dua, rua, tolu" (uno dos tres) y en perfecta sincronía las voces de veinte o treinta jóvenes se elevan agrupadas en cuatro o cinco notas y escalas. En medio de una sincronía perfecta de voces y compases, cada grupo entra y sale en armonía, ellas con notas altas y ellos con tonos graves. No hay lugar para las individualidades. De vez en cuando cerraba los ojos para dejar que estos preciosos cánticos traspasaran mi piel, y con el vello erizado sentía que flotaba con ellos. Daba gracias por estar en este lugar en este momento. Los domingos iba a las tres misas sólo para escucharlos cantar. Nuestro uniforme para la liturgia dominical era una camisa de botones y manga larga, corbata, pies descalzos y un pareo.

La intimidad es aquí un concepto desconocido. Las puertas y ventanas de las chozas y casitas con techos de hojas o chapa corrugada siempre están abiertas de par en par. No hay cristales ni persianas. ¿Por qué cerrar si la temperatura no baja de los veintitantos? ¿Porqué ocultar algo si el resto de tu vida lo compartirás con cien vecinos? No poseen joyas, cuadros ni dinero. Todo es de todos.

Dean, el protagonista de Jack Kerouac en *En el Camino* regresa a Nueva York después de viajar trece mil kilómetros por Estados Unidos, y queda sorprendido por los *millones y millones de personas esforzándose por ganarles un dólar a los demás, cogiendo arrebatando, dando, suspirando, muriendo sólo para ser enterrados en esos horribles cementerios...*

De vez en cuando, al practicar algo de gimnasia para mantenerme en forma, a mi espalda había diez niños que entre contorsiones imitaban cómicamente mis movimientos. ¡Vaya vaya con el cachondeo que se traen estos!... Cuando me aseaba en el pozo echándome un cubo de agua por encima de la cabeza, los mismos niños se sentaban alrededor para observarme entre aplausos y risas. Algunas veces se acercaban a tocar el vello de mis brazos y piernas o me miraban con curiosidad.

Robo... Violencia... ¿Que es eso? La mayoría solo conocen estos comportamientos por la vieja película *Demolition Man* de Sylvester Stallone, que Lagi, en sesión extraordinaria de sábado tarde, pone en su cascado video por decimoquinta vez ante una concurrida audiencia sin edades. Todos han visto la película muchas veces y casi ninguno la entiende, porque está en inglés. No importa. Disfrutan viendo rubias, coches, rascacielos y tiros.

REGRESO A LA CIVILIZACION

Los días previos al regreso a la capital Suva en Viti Levu fueron desconcertantes. Nunca había manejado tanta desinformación e incertidumbre. En esta parte del mundo desconocen el significado de la palabra ansiedad.

El barco del Gobierno debía llegar pronto a Fulaga, pero ¿cuando?

Escuchaba diferentes versiones:

“Tal vez esta semana, tal vez la semana que viene”.

“Pronto”.

“No, no llegará todavía porque se ha roto el motor”.

“No, el motor esta bien, pero primero va a Lakeba para cargar y después fondea en Namuca y Ogea, por lo que deben quedar aun otras dos semanas...”.

“Solo Dios sabe cuando”

“Llegará antes o después, no te preocupes”

Todos sabían que el barco aparecerá en la playa, pero nadie coincidía en la fecha. Ni siquiera la semana.

Finalmente, en una tarde cualquiera, unos niños se acercaron azorados: ¡¡Manu, el barco llega mañana, llega mañana!!.. Sentí como si un brazo se estrechara en mi dirección, y al asirme a él, me aupaba al mundo, me reincorporaba a la civilización. Es difícil habituarse a un cambio tan radical de vida, ritmo, comida y costumbres. Curiosamente, una de las cosas que más eché de menos en estas semanas fue el saber que ocurría ahí fuera, en el resto de nuestro planeta. Nunca pude imaginar que no tener acceso a las noticias se me haría tan duro.

La última noche los miembros de los *mataqualis* de Muanaicake organizaron una fiesta de despedida en mi honor. Me aceptaron dinero para comprar en el almacén local un kilo y medio de grog. Hasta las tres de la mañana estuvimos más de cincuenta personas en casa de Lagi cantando, uno tras u otro, docenas de himnos y canciones, sentados en el suelo alrededor de una Tanoa siempre rebosante. Les aburrí con un discurso de despedida y agradecimiento. Me hicieron regalos y me emocioné bastante con tanta muestra de afectividad, y tal vez me eché a llorar. Me hacían sentir como un miembro más de la gran familia. Con ese invisible paraguas protector, con tanto arropamiento, tanto cariño, sentía que con ellos nunca podría ocurrirme algo malo.

Al amanecer alguien me despertó con un par de gritos:

¡¡Manu Manu!! ¡el barco esta llegando! ¡rápido, date prisa! ¡Se marcha en menos de una hora!.

Al bajar de la cama las piernas casi no me respondían. Los más de veinte cuencos de grog de la noche anterior pesaban mucho. La cabeza daba vueltas y coordinaba mal. Menos mal que Lagi y Joana me ayudaron. Un breve abrazo y un *Gracias, ojalá el destino nos depare otro encuentro*.

Corrí hasta la playa arrastrando torpemente mis bártulos. En la orilla, aburrido, me esperaba a bordo de un bote a motor un marinero fiyiano de origen indio, equipado con un mono azul descolorido y raído. Tiré al interior la mochila, y sin hacerle mucho caso al marinero, me puse de pie en la popa, mirando hacia la isla, y me alejé cabeceando sobre las aguas turquesas. Con señas me despedía con tristeza de mi gente, que saludaban desde la playa.

Con más pena aún subí por las escalas de madera al carguero Tabuisoro, un buque fletado por el gobierno fiyiano que sustituía al Golea. Tras tantos días de calidez y emotividad recibidos de mi familia y mi clan, este barco me pareció tan frío como un bloque de hielo. Sentí como si volviera a atravesar un portal en el tiempo, accediendo a otra dimensión y retornando al mundo que ya conocía.

Nada más detectar la presencia del inusual nuevo pasajero, el capitán del Tabuisoro me interrogó con buen inglés:

“¿Que haces en Fulaga?” “¿Como llegaste hasta aquí?” “Siento decirte que tenemos muy poco sitio para más pasajeros.” “Tienes que dormir en cubierta.” “Ahora viajamos cuarenta y cinco pasajeros, mas la tripulación”. “Te aconsejo que para dormir intentes abrirte un espacio entre la gente”. “Suerte y disculpa por la condiciones en las que vas a navegar”. “Esta será la última vez que mi barco lleva pasajeros”. “El Tabuisoro tiene mas de 30 años y es demasiado pequeño.” “No, no tarda tres días en llegar a Suva ¿quien te dijo eso?” “Llegaremos a Suva en algún momento antes de final de mes.” “Ya veremos. Depende de la carga.” “Ahora navegamos hacia Ono I Lau, muy cerca de el Archipiélago de Tonga y la más remota de las islas de Fiji”.

Con esta información el corazón se me achicó y adelanté mentalmente la película de la pesadilla que me esperaba a bordo de este viejo carguero. Los tripulantes y pasajeros, todos fiyianos, me miraban con curiosidad. ¿Que hace aquí este blanco?.

“Manu, no te preocupes, si te haces amigo del cocinero te dará de comer”.

Cuando seis días más tarde el barco amarró en el puerto de Suva, salté por la borda sin usar las escalerillas y casi me tiro al suelo para besar el sucio hormigón del muelle. Corrí a toda prisa hacia mi antiguo dormitorio colectivo en el *Sunset Motel*. Pasé más de media hora bajo una ducha de agua caliente, tiré a la basura la mitad de la ropa, me puse ropa limpia, entré como un torbellino en un *McDonald's* para zamparme varias hamburguesas de carne de no se qué, devoré tres helados y engullí atragantandome dos batidos gigantes. Telefoné a casa, entré a una sala de recreativos para jugar a los videojuegos como un endemoniado y pasé varias horas navegando por Internet para saber que había ocurrido en el mundo durante el último mes, y también para leer mi repleto buzón de correo electrónico. Por la noche disfruté como un enano en el cine viendo dos películas seguidas.

Pfiiiuu, que placer...

Había regresado al mundo *civilizado* casi un mes después, con cinco kilos menos, el cabello más rubio, la piel color chocolate y las plantas de los pies tan duras como suelas de zapatos.

Para completar la información y experiencias en esta maravillosa parte del mundo, me encantaría compartir contigo algunos datos sobre la interesante y peculiar historia y costumbres. También añadido información sobre la economía y estructura social del archipiélago Fiyiano.

FIYI, UNA HISTORIA INTERESANTE

Se dice que el incansable navegante Abel Tasman, que dio su nombre a la isla de australiana de Tasmania, fue el descubridor del archipiélago Viti, Fidji en dialecto Tonga. Tasman sólo pudo divisar algunas de las islas. Cuenta que a principios de febrero de 1643 sus naves se hallaron comprometidas en un laberinto de islotes, arrecifes y rocas, del que se libraron con mucha dificultad. Las bautizó con el nombre de “Islas del Príncipe Guillermo y hondonadas de Heemskerck”.

A principios del siglo XIX las islas Viti recibían la visita de numerosos buques europeos que comerciaban con madera de sándalo, muy preciada en las mejores mansiones de la aristocracia española, francesa y británica. En aquella época, en ningún punto del planeta era mejor recibida la esencia de sándalo que en los lucrativos mercados de China, y no pocos troncos sacados de las islas Viti sirvieron para conformar los tabloncillos de la caja mortuoria de algún rico mandarín. Pero, lejos de poner en conocimiento del público el secreto de su itinerario, los capitanes europeos ocultaban sus viajes bajo un velo misterioso, por temor a que sus revelaciones levantaran concurrencias peligrosas. Krusenstern, en el primer intento serio de cartografiar esta zona en 1824, tuvo que echar mano de materiales y datos inexactos y desnudos de toda autoridad.

El Capitán Pendleton fue uno de los muchos navegantes que se aventuraron por estas islas, a bordo de su buque "Océánico". Ante el requerimiento de un aventurero francés que le solicitó transporte a las islas, Pendleton contestó:

"Sí, bellas excursiones, y sobre todo muy largas, porque son muy pocos los que han vuelto de ellas. Con todo, esta vez, mi querido pasajero, irá usted sólo. Nadie de cuantos se hallan a bordo del Océánico tiene la fantasía de terminar en la parrilla de alguna majestad vitia. En todas estas islas se comen a los curiosos." "Aquí los hombres son brutos., feroces, huyen de los europeos y los buscan sólo para asesinarlos."

A pesar de estas preocupaciones, el aventurero francés consiguió convencer a Pendleton para que le llevase a las Islas Viti, y en su libro "Viaje Pintoresco Alrededor del Mundo" describe a los melanesios como seres con tez bronceada o negra, rostro y nariz chata, miembros cenceños, pelo crespo y enmarañado, carrillos prominentes, labios gruesos, facciones sombrías y feroces, altos, bien formados, ágiles y musculosos. Contrastan con la fisonomía regular, franca y casi noble de sus vecinos los polinesios.

Entre las primeras islas se topó con Viti Levu. El aventurero francés escribe que después de Hawai ninguna tierra había llamado su atención, con terraplenes escalonados desde la playa hasta sus picos interiores, reverdeciente, deliciosa, cubierta de frutos y de flores. Viti Levu tiene setenta millas de Este a Oeste y cerca de sesenta de Norte a Sur. Sus tierras tienen una orografía desigual y aparentan ser muy fértiles.

También describe la isla de Boulang-Ha (Fulaga), que fue descubierta por los buques Harrington y Elizabeth. Fue vista de lejos por Wilson en 1797 y escasamente reconocida por Durville en 1827. La describe como una isla alta, selvática, de agradable aspecto y de seis millas de largo, con una rompiente que la rodea. Su población en aquella época era de ochenta habitantes.

Durante su navegación por el archipiélago, el francés se encontró con Hernando, un naufrago filipino que había naufragado hace siete u ocho años en el buque español Concepción. Contaba Hernando que "sobrevino el naufragio entre los canales que separaban dos grandes islas. Cuarenta marineros fueron arrojados a la costa. Una parte de la tripulación se ahogó y otra fue comida por los canibales, el resto vivió disperso entre las diferentes tribus de la isla. Los jefes crearon con ellos una especie de guardia de honor o cuerpo de mosqueteros, por cuyo título gozaban de ciertos privilegios. Únicamente cuando estallaban las hostilidades entre los reyezuelos vitios, corrían como los demás el riesgo de los prisioneros de guerra, esto es, de ser tostados y comidos".

Tras los mercaderes llegaron a las islas las epidemias, predicadores cristianos y presos ingleses escapados de Australia, por esa época cárcel de Inglaterra. Los presos también ayudaron a los reyes locales en sus luchas inter-tribales y aprovecharon las armas de fuego para ganar su confianza. Posteriormente llegaron los balleneros, cazadores de tortugas y traficantes de esclavos ingleses y australianos, que durante más de 30 años capturaron y esclavizaron a decenas de miles de nativos de Vanuatu, Salomón y Fiyi, llevándolos a Australia, Samoa y Hawai para trabajar en los campos de caña de azúcar y algodón. Para capturar a estos melanesios, los traficantes embestían a las canoas de pescadores en alta mar y recogían del agua a los supervivientes. Sólo a finales del siglo XIX se comenzó a pagar a los nativos un ínfimo salario mensual, que equivalía al salario de medio día de un hombre blanco. Otra forma de reclutar esclavos o trabajadores baratos era el soborno a los jefes de las tribus con regalos de quincallería, o el engaño diciendo que los llevaban a Australia a darles instrucción religiosa. En Australia, la disentería, el agotamiento y los malos tratos hacían que la mayoría murieran sin poder volver.

Tras tantas invasiones hostiles y como única forma de imponer el orden, Fiyi solicitó a finales del siglo XIX ser anexado a la corona inglesa. Los ingleses decidieron explotar la abundante cosecha de caña de azúcar y empezaron a traer miles de obreros o "coolies" de India, por aquella época también colonia inglesa. La mayoría de los indios emigrados a Fiyi decidieron quedarse y actualmente constituyen casi un 45% de la población del archipiélago. Los indios ascendieron de ciudadanos de tercera a ciudadanos de segunda categoría cuando Fiyi obtuvo la independencia en 1970 y muchos blancos se marcharon. Los indios estaban divididos entre musulmanes, hindúes y sikhs, y encontraron dificultades para hacer valer sus derechos frente al 50% de población original fiyiana.

Estos últimos formaron el Alliance Party, que en algunos momentos amenazó con expulsar a los indios. Los indios contraatacaron creando en NFP o National Federation Party. El equilibrio político se mantuvo de forma precaria hasta que el NFP se escindió entre musulmanes e hindúes. Sin embargo, el Labour

Party, una nueva alianza entre los diferentes partidos de indios fiyianos, liderada por el Doctor Bavadra, derrotó al partido de nativos fiyianos o Alliance Party y obtuvo la mayoría absoluta. Pero, tal vez sin fundamentos, se le asignaron al Labour Party ciertas conexiones con el comunismo por su beligerancia contra las pruebas nucleares norteamericanas en el Pacífico y por el no acatamiento de la religión metodista. Se inició una campaña de desestabilización (se rumorea que la inició la CIA) que cerró la embajada India y expulsó a sus diplomáticos. En 1987 el coronel nativo fiyiano Rabuka dio un golpe de estado y anuló la Constitución promulgada en 1970. Fiyi fue inmediatamente expulsada de la Commonwealth. En 1990 se aprobó una nueva Constitución que refuerza las prerrogativas de los fiyianos de origen y su posicionamiento en los poderes administrativo y político.

En 1997 la semi-dictadura permanecía vigente, aunque el golpista Rabuka se había metamorfoseado en político populista, ganando todas las *elecciones* desde 1991. Pero no cumplió sus promesas de restitución de derechos a los indios. Desde el golpe de 1987 los indios fiyianos, que generan gran parte de la actividad económica del país, están emigrando sin prisa pero sin pausa. La expulsión de Fiyi de la *Commonwealth* (organización que agrupa a las antiguas colonias británicas), la emigración y los continuos escándalos de corrupción en el manejo de los presupuestos del estado bloqueaban seriamente la inserción de Fiyi entre los países económicamente desarrollados.

En 1997 Fiyi es readmitida en la Commonwealth, con la condición de que el régimen político de turno promulgue ciertas garantías semi-democráticas, basadas en el reconocimiento de la igualdad de derechos entre ambas comunidades. Se publicó una nueva Constitución. Pero en 2000 se produjo otro golpe de estado por el comandante Frank Bainimarama. En las elecciones libres de 2001 se reinstauró la vieja Constitución y Qarase fue elegido primer ministro fiyiano. En 2006 un tercer golpe de estado del denostado Bainimarama volvió a disolver el parlamento. En 2009 la Corte de Apelaciones de Fiyi sentenció como ilegal el golpe de estado tres años antes, exigiendo la reinstauración del parlamento e iniciando una nueva crisis política, con el comandante de primer ministro. A mediados de 2009 Fiyi fue expulsada del Forum de las Islas del Pacífico por su incapacidad de reinstaurar un régimen democrático, y la Commonwealth canceló cualquier tipo de ayuda económica a este país por falta de progreso en la reinstauración de una democracia. Desde 1987 los militares han hipotecado el devenir político de este, en apariencia, tranquilo país.

SOCIEDAD Y ECONOMÍA

La mayor parte de la población vive en Viti Levu. Casi todas las islas medianas y pequeñas (como Fulaga) están habitadas sólo por nativos de origen fiyiano, no indio. Se producen pocos matrimonios interraciales y ambas comunidades se tratan con respeto pero con distanciamiento. La mayoría de los cargos políticos y públicos, así como la propiedad (no la posesión) de las tierras es coto de las familias nativas fiyianas. El restante ocho por ciento de la población la componen chinos, habitantes de otras islas del Pacífico Sur y *Europeans* (australianos, americanos, neozelandeses y europeos). Más de la mitad de los habitantes son menores de 20 años y dos tercios son menores de 30 años.

Viti Levu es considerada como centro Educativo del Pacífico Sur. En Suva está el campus central de University of South Pacific, la mayor universidad de esta parte del mundo y propiedad de países de Oceanía, con más de tres mil estudiantes en Fiyi y otros ocho mil en varios archipiélagos de Melanesia y Polinesia. Tiene campus en los archipiélagos de Tonga, Tuvalu, Solomon, Cook, Samoa etc. Desde el campus principal en Fiyi estoy escribiendo esta crónica.

A través de Fiyi pasa teóricamente la International Time Line, que divide al mundo en dos días. Se produce aquí la circunstancia anecdótica de que en Viti Levu es martes cinco de la tarde, y en Tonga, no muy lejos hacia el Este, es lunes 6 de la tarde.

En cuanto a economía, la pobre economía de Fiyi se nutre del turismo y el cultivo de caña de azúcar. También exporta madera, oro, pescado y aceite de coco. Hoy este archipiélago sufre dificultades económicas por las razones políticas y sociales que indiqué más arriba. Soporta una alta tasa de desempleo y una economía de subsistencia con poco dinero circulante, sobre todo en las islas más alejadas. El empleo público agrupa a un 40% de la población activa y existe una importante dependencia de las donaciones y ayudas de países como Australia y Nueva Zelanda. La deuda externa e interna es muy

elevada. El turismo no mejora y Fiyi se halla relativamente aislada por su anacrónica situación política y ubicación geográfica. Para cerrar este desalentador panorama económico, y como comentaba antes, los nativos fiyianos son dueños de la casi totalidad de las tierras, dejando a los fiyianos de origen indio que las trabajen. Estos tienen poca motivación para mejorar las técnicas de agricultura. Un sistema tan viciado desmotiva todo tipo de inversión a largo plazo que aumente el rendimiento de las cosechas.

En un par de días tomaré un avión que me llevará a Los Angeles via Hawai. Desde Los Angeles volaré a Miami, y desde allí hasta Madrid para continuar un extenso viaje por doce países de África subsahariana.